

HOROSIS Y CIENOPITAGORISMO PARA EL SIGLO XXI

Fernando Zalamea
Departamento de Matemáticas
Universidad Nacional de Colombia
www.matematicas.unal.edu.co/~fzalamea

La “horosis” (neologismo, de *horos*, borde) puede entenderse como el estudio sistemático de las *trans*/formaciones de información a través de *fronteras* bien definidas. Completando la díada análisis/síntesis, la horosis es una forma de terceridad peirceana que media pendularmente entre la descomposición analítica y la recomposición sintética. Por otra parte, el “cienopitagorismo” (neologismo, variación del cenopitagorismo peirceano vía *caenum*, fango, mezcla, contaminación) evoca una arquitectónica peirceana *mixturada* ligada a la iteración de las tres categorías cenopitagóricas (*ceno*, frescura).

El final del siglo XX y el comienzo del XXI han celebrado varias tendencias aledañas: una cierta “frescura” inventiva, una ampliación de “fronteras” y una bienvenida “contaminación” de ideas entre los campos más diversos del entendimiento. Proponemos mostrar aquí que esas tendencias no sólo ya se encontraban presentes, un siglo antes, en el pensamiento de Peirce, sino que, además, se beneficiaban de una verdadera

aproximación *sistémica* que la práctica postmoderna no ha llegado a entender. De hecho, viniendo de Peirce, existe una profunda *razón horótica y cienopitagórica* –que entronca con una *razón de la frontera y de la mixturación*, explorada por diversos pensadores como Florenski, Warburg, Benjamin, Cassirer, Merleau-Ponty o Blumenberg– perfectamente acorde con el comienzo del siglo XXI, pero que no se ha trivializado en los extremos: una razón relativa sin ser relativista, universal sin cobijarse en el absoluto, razonable (es decir, mezcla de *razona/da* y *sensi/ble*, siguiendo la “razonabilidad” de Vaz Ferreira) sin reducirse a la blandura, exactamente imaginativa sin llegar a ser arbitraria.

El artículo se divide en dos partes. Primero, exploramos algunas ideas de Peirce sobre los conceptos de *frontera* y de *tránsito cienopitagórico*, enfatizando la importancia de un cierto pensamiento pendular, ligado a formas sofisticadas de iteración y desiteración del conocimiento, que permiten acercarse a un fondo “real”, continuo y contaminado, desde una perspectiva realista, *asintótica* y *contaminante*, más apropiada a su objeto final que las usuales aproximaciones analíticas. Segundo, extendemos esas ideas hasta llegar a la *horosis* y al *cienopitagorismo*, acorde con una ampliación coherente del sistema arquitectónico de Peirce –donde se entroncan naturalmente *matemática*, *fenomenología*, *lógica*– y especulamos cómo esa *razón horótica y cienopitagórica* puede ayudar a guiarnos mejor en las complejas marañas del siglo XXI.

1. FRONTERAS Y TRÁNSITO CENOPITAGÓRICO EN PEIRCE

En mayo de 1883, Peirce se apresta a realizar “una nueva aplicación del péndulo a la metrología”. Con un meticuloso experimento, intenta calcular la razón entre la yarda y el metro con la “máxima exactitud posible” en ese entonces. Poniendo a oscilar *simultáneamente* dos péndulos en Massachusetts —el uno, con graduaciones en yardas, oscilando a 62⁰F, la temperatura estándar de la yarda, y el otro, con graduaciones en metros, oscilando a 0⁰C, temperatura estándar del metro— detecta en primera instancia dos patrones de medida; luego, intercambia las varillas afiladas de los péndulos y repite el experimento, obteniendo otros dos patrones suplementarios; compara después los resultados con barras oficiales de un metro y de una yarda disponibles en los Estados Unidos; finalmente, envía el péndulo-yarda a Inglaterra y el péndulo-metro a Francia, para que se repitan los experimentos y se comparen con los patrones estándar guardados en cada país¹. El conjunto de las correlaciones obtenidas permite eliminar así sesgos indeseados y asegurar la corrección de las mediciones.

Desde una perspectiva aérea algo burda, la obra de Peirce puede verse como una sistemática ampliación del doble y correlativo vaivén pendular propuesto en el experimento anterior, al intentar establecer un *ir y venir* entre la realidad, los signos con los que representamos esa realidad y las interpretaciones con las que vamos entreverando esos signos. Para Peirce, el conocimiento consiste en una compleja urdimbre relacional que reacciona con la realidad, y que consigue amoldarse progresivamente a

¹ C. S. Peirce, “Report of a Conference on Gravity Determinations”, CP 7.16, en: C. S. Peirce, *Collected Papers*, Cambridge: Harvard University Press, 1931-1958.

ella, a lo largo de los plurales y sinuosos vaivenes que pueden darse en una comunidad de investigadores. Algunas de las más valiosas contribuciones lógicas y metodológicas de Peirce merecen entenderse como aportes a la construcción de un instrumentario extremadamente preciso para accionar – en el campo más vasto de la cultura y el conocimiento– un afilado péndulo epistemológico con el cual poder “medir” temas tan fundamentales, y aparentemente tan elusivos, como la verdad, la creatividad, o los acordes (y desfases) entre lo real y lo ideal.

El sistema arquitectónico peirceano se eleva sobre sus tres categorías “cenopitagóricas”²: primeridad (inmediatez), segundidad (acción-reacción), terceridad (mediación). Las tres categorías recorren transversalmente todo el edificio de la clasificación peirceana de las ciencias, y se *iteran* y *desiteran* permanentemente. El ir y venir de los objetos, los signos y las interpretaciones –fijados y leídos en contextos determinados, luego trasladados a otros contextos, allí traducidos, y, finalmente, comparados y entrelazados– otorga un cariz profundamente dinámico al sistema, en donde los vaivenes del movimiento y la comprensión *simultánea* de *deformaciones e invarianzas* adquieren una importancia inusitada. Como matemático, Peirce llega a conocer el nacimiento de la topología moderna³, e incorpora en su filosofía ese estudio emergente de las transformaciones continuas del espacio, tanto en sus *consecuciones plásticas* como en sus *obstrucciones*. De hecho, la tríada topológica básica interior/exterior/frontera no resulta ser más que un caso particular de la

² “«Cenopitagóricas» porque, como las pitagóricas, estas categorías son esencialmente números; sin embargo, no son ni pitagóricas, ni neopitagóricas, sino más bien llenas de frescura (*χαίνο*)”, en: C. S. Peirce, *Categorie* (ed. Rossella Fabbrichesi Leo), Bari: Laterza, 1992, p. 129.

³ El término “topología” se debe a Listing (introducción en la década 1837-47). Peirce estudió los artículos de Listing y su influencia fue manifiesta. Se conservan cerca de cincuenta páginas manuscritas (publicadas e inéditas) en las que Peirce se refiere directamente a Listing.

tríada cenopitagórica universal primeridad/segundidad/ terceridad. La frontera, entendida como mediación “tercera”, se convierte entonces en una de las bisagras básicas del sistema de Peirce.

Yendo y viniendo a lo largo de un rango inusitadamente amplio de fronteras–línderos en el mapa ternario del conocimiento, puntos de ramificación en las ciencias especiales, enlaces evolutivos entre determinación e indeterminación, bandas entre razonabilidad y creatividad, bordes en cálculos axiomáticos de lógica topológica–, el pensamiento peirceano detecta algunos *modos genéricos de ósmosis* que recorren tanto el espectro de los fenómenos, como nuestras formas de conocer ese espectro. El más ubicuo de esos modos es tal vez aquel donde se delimita un cierto entorno relacional, se introduce un dato adicional en el interior de ese entorno, se le hace reaccionar contextualmente, se registran los cambios obtenidos, y luego se borra el dato adicional, retrotrayéndolo de nuevo hacia el exterior. Se trata de un sencillo proceso de *iteración y desiteración a través de una frontera*, cuyas consecuencias lógicas, epistemológicas y metafísicas son sin embargo muy complejas. Desde un punto de vista lógico, el proceso pendular iteración/desiteración sirve *simultáneamente* para caracterizar la noción de conectivo proposicional intuicionista y para realizar un cálculo de formas normales en la lógica clásica de primer orden. Desde un punto de vista epistemológico, la oscilación activo-reactiva a través de una frontera elimina la posibilidad de asentamientos definitivos del conocimiento, pero permite la construcción de orientaciones dentro de lo relativo. Desde un punto de vista metafísico, la ampliación iterativa de la frontera, reflexivamente anclada sobre sí misma, da opciones para considerarla como parte genuina de una “filosofía primera”.

Si volvemos al experimento gravimétrico de Peirce de 1883, el activar simultáneamente dos péndulos en distintos contextos (métricos, calóricos, mecánicos, geográficos) y el comparar los datos conseguidos hasta fijarlos en una cierta frontera (promedios ponderados), constituyen un ejemplo preciso de un método mucho más amplio y general para acercarse a una *verdad* entendida como frontera o límite de múltiples contrastaciones contextuales y pendulares. La *máxima pragmática* de Peirce sirve precisamente como un sofisticado *haz de filtros* para decantar la realidad y extraer de ella ciertos “pozos” de verdad. Según la arquitectónica peirceana sólo conocemos mediante signos, y, según la máxima, sólo conocemos esos signos mediante correlaciones diversas de sus efectos concebibles en contextos de interpretación. La máxima *filtra* el mundo a través de tres complejas redes (representacional, relacional y modal) que permiten *diferenciar* lo uno en lo múltiple, e, inversamente, *integrar* lo múltiple en lo uno. El resultado es una visión del conocimiento atravesada por procesos lógico-topológicos, preeminentemente contextual (*versus* absoluta), relacional (*versus* sustancial u objetual), modal (*versus* determinística) y sintética (*versus* analítica). La verdad se reconstruye entonces como una urdimbre de *invariantes* subyacente detrás de las redes anteriores. No se entiende ya como un reflejo especular singular de la realidad, sino como una urdimbre plural de *bordes* semánticos y aproximaciones *asintóticas*, capaces de caracterizar los fondos de colecciones de modelos.

Ahora bien, la máxima pragmática proporciona indicaciones para la construcción de un instrumentario de traslados y pegamientos entre lo local y lo global. Superando así algunos fáciles relativismos posteriores, la máxima insta a reintegrar lo local, aludiendo a una re-composición del

conocimiento gracias a una jerarquización y sincronización de efectos “concebibles” en contextos “posibles”⁴. Una *doble polaridad* tensa el sistema de Peirce: horizontalmente, dentro de cada contexto fijo de interpretación, la acción-reacción (segundidad) entre polos locales da lugar a múltiples efectos visibles y medibles; verticalmente, a lo largo de clases adecuadas de contextos, la mediación (terceridad) entre polos globales permite acordonar los efectos y encontrar tramas comunes. Toda una compleja armazón de límites y *fronteras* se encuentra entonces en juego. Una de las fortalezas específicas de la arquitectónica peirceana consiste en la construcción de un entronque *simultáneo* de clausura y apertura, donde, por un lado, los límites cerrados de los contextos –entendidos horizontalmente como contornos *restrictivos*– permiten, gracias a sus mismas acotaciones, una cierta “vida” (segunda) de los signos allí interpretados, y donde, por otro lado, los bordes abiertos de esos mismos contextos –entendidos verticalmente como entornos *prospectivos*– permiten, gracias a sus procesos de transferencia, una suerte de “resurrección” (tercera) de los signos.

Si, según Peirce, el pozo de la verdad tiende a situarse ya de por sí en el borde de una configuración, el barrido del péndulo peirceano sobre ese borde nos proporciona aún más herramientas para explorar el pozo. Lejos de *El pozo y el péndulo* de Poe, con su escalofriante evocación de una inquisición central y autoritaria, el borde y el péndulo de Peirce abren el espíritu hacia los márgenes y hacia una razón ampliada, donde desaparecen

⁴ Debe observarse aquí que el interés primordial de la teoría de la relatividad de Einstein, más allá de detectar diferencias naturales entre observadores situados en movimientos *relativos* distintos, consiste en encontrar aquellos *invariantes* que gobiernan el entramado de los sistemas de referencia relativos, en su conjunto. Nada más alejado de la relatividad einsteiniana que un “relativismo” anclado en el aislamiento y la diferencia, tan a la moda en múltiples ámbitos contemporáneos.

los argumentos de autoridad y donde el ejercicio reflexivo de la razón la *abre* de forma natural hacia los ámbitos de lo imaginario. El estudio coherente de la *abducción* –forma, estructura y emergencia de las hipótesis creativas– es, de hecho, uno de los puntales mayores del pensamiento peirceano. Para Peirce, la abducción sirve de urdimbre reguladora para lo real, gracias a las maleaciones de un tejido plástico (tercero) conformado de hechos (segundos) e hipótesis (primeras), donde las hipótesis se someten a *tests* diversos (plausibilidad, instinto, economía, complejidad) hasta fusionarse continuamente con los hechos. El pragmatismo peirceano consiste entonces en buena medida –como el mismo Peirce lo confirma al identificar al final de su vida “pragmatismo” con “lógica de la abducción”– en registrar pendularmente, por un lado, las *rupturas* de regularidad, los desajustes de homogeneidad en un contexto dado que van más allá de una simple irregularidad casual, y, por otro lado, en *pegar* localmente esas rupturas en un continuo global, mediante diversos métodos que permiten seleccionar eficazmente las más “cercanas” hipótesis explicativas posibles para una ruptura dada.

El intento de querer entender el *tránsito* de la razón entre lo susceptible de ser razonado (hipótesis, abducción, imaginación) y lo efectivamente racionalizado (inducción, contrastación, deducción) amplía el ámbito del entendimiento de una manera profunda. Meditada a comienzos del siglo XX, olvidada en los cauces centrales de la reflexión analítica, y situada ahora de nuevo en la mira gnoseológica, la problemática de una creatividad plenamente integrada con la razón es una de las fronteras mayores a las que debemos abocarnos. La doble constatación de que el pragmatismo peirceano –entendido como lógica de la abducción, es

decir, como *razón del pensamiento inventivo*— se sitúa en el centro de la clasificación de las ciencias y de que irradia (desde el centro hacia los bordes) su preocupación por entender el tránsito fronterizo de los signos, es una muestra de la riqueza topológica y estructural del sistema. De hecho, el estudio de lo fronterizo se encuentra en el centro mismo de las preocupaciones de Peirce —lugar 2.2.3.3, muy cerca del “baricentro” (2.2.2.2) de la clasificación triádica de las ciencias—, e irradia, hacia las fronteras del mapa, los avances teóricos y metodológicos conseguidos mediante la lógica de la abducción. Se trata de una *reflexividad* mucho más sofisticada que la que puede obtenerse mediante algún tipo artificial de autorreferencia, pues aprovecha a fondo la *estratificación natural* de una clasificación específicamente abierta al tránsito y a las transferencias. Como Peirce ya lo indicaba con fina ironía autocrítica pero, a la vez, con una correcta visión del conjunto de su obra,

Los especialistas científicos —balancines del péndulo y otros símiles— realizan un importante y útil trabajo; muy poco cada uno, pero en conjunto algo vasto. Sin embargo, los altos lugares en la ciencia en los próximos años serán para aquellos que logren adaptar los métodos de una ciencia para la investigación de otra.⁵

La balanza de Pascal, no recuperada explícitamente por Peirce en sus escritos, subyace no obstante en cada recodo del método peirceano. El equilibrio pascaliano entre rigor e instinto, entre razón e imaginación, entre ciencia y religión, entre cuadraturas y tangentes, entre infinitudes opuestas —en suma, entre polaridades que dan lugar a campos de fuerzas *intermedios* de enorme valor heurístico— es un equilibrio que permea ubicuamente la arquitectónica peirceana. Siempre precisando y acotando alguna frontera

⁵ C. S. Peirce, CP 7.66 (1882) [“balancines del péndulo” = “pendulum swingers”].

sobre la cual va y viene el péndulo de la razón inventiva, Peirce explora con nuevas herramientas metodológicas los elusivos umbrales pascalianos. En gran medida, las contribuciones más originales de Peirce (cálculo de relativos, categorías cinopitagóricas, semiosis dinámica, abducción, gráficos existenciales) pueden verse como detallados instrumentarios técnicos para poder, por una parte, analizar jerárquicamente múltiples niveles locales de lo intermedio, y, por otra, poder recomponerlos sintéticamente dentro de estructuras globales dispuestas al enlace y a la transferencia.

Peirce aprovecha las habilidades de un buen timonel al mando de su navío. Por un lado, atento a los bruscos cambios de viento y al equilibrio de su nave en medio del vaivén de las olas, cuida los virajes entre babor –de *bak-boord*, en holandés revés (*bak*) del borde (*boord*)– y estribor –de *stierbord*, en francés gobernar (*stier*) el borde (*bord*)–. Por otro lado, se prepara siempre al *abordaje* de nuevos dominios del conocimiento, siempre listo para transgredir los límites y retrotraer de vuelta las riquezas conseguidas. La razón ampliada peirceana, mediante su tejido de signos y categorías, su inventividad abductiva y sus lógicas de lo fronterizo, permite ir y venir dentro de muchos espacios que previamente parecían vedados. La incompreensión y el olvido de la herencia peirceana por más de medio siglo después de su muerte (con un Peirce restringido a la caricatura de “utilitarista pragmático”) no son más que una consecuencia natural de una obra demasiado adelantada para su tiempo. Por otra parte, una visible (y fácilmente medible) eclosión de estudios peirceanos en los últimos veinte años es muestra de la *vigencia* actual de Peirce, en varias ocasiones preconizado ya como un pensador del siglo XIX para el XXI.

Cuando Peirce nos recuerda que “el balancear razones a favor y en contra es el procedimiento natural de cada ser humano” y que no puede evitarse esa continua oscilación a menos de caer en la “observación de reglas que no tendrían ningún fundamento en la razón”⁶, vemos cómo el *arte de la balanza* está estrechamente ligado al *arte de la razón*. La razón como proporción entre dos entes se extiende a un intento de concordancia entre lo discordante (la *coincidentia oppositorum* de Cusa), a una armonización de contrarios, a un vaivén pendular entre opuestos. Una razón que descuide las fronteras es, por lo tanto, un verdadero contrasentido etimológico e histórico. La luminosa insistencia de Bajtin en que “todo acto cultural vive, de manera esencial, en las fronteras”, pues “en esto reside su seriedad e importancia: alejado de las fronteras pierde terreno, significación, deviene arrogante, degenera y muere”⁷, debería estar siempre inscrita al inicio de cualquier investigación. Es curioso que la identificación entre razón y raciocinio, restringiendo así las posibilidades del rigor a entornos axiomáticos de prueba y dejando en el limbo las fronteras de la invención, surjan a partir de una interpretación deformada de la maquinaria lógica construida por Peirce. La sepultura de lo abductivo, en detrimento de lo inductivo y lo deductivo, es uno de los hondos contrasentidos en los que ha debido debatirse la razón a lo largo de todo el siglo XX.

Tal vez convenientemente para muchos, realizar una filosofía de los fundamentos de la teoría de conjuntos y extrapolar sus guías metodológicas a una filosofía analítica del lenguaje, se convirtió a lo largo del siglo XX en

⁶ C. S. Peirce, CP 7.172 (1901).

⁷ Mijail Bajtin, “El problema del contenido, el material y la forma en la creación literaria” (1924), en: M. Bajtin, *Teoría y estética de la novela*, Madrid: Taurus, 1991, p. 30.

una floreciente industria académica. Peirce, creador, contemporáneamente con Frege, del cálculo proposicional clásico y del cálculo de relaciones, que se encuentran en la base de esa disección analítica, podría verse sorprendido ahora por el *desequilibrio gnoseológico* al que se ha llegado. Si los modos (convertidos en modas) de la fundamentación se han revisado en detalle, los modos de la invención se han considerado demasiado vagos y poco relevantes; si los modos de la taxonomía gramatical han inundado por doquier cualquier rama del conocimiento, los modos de una comprensión semántica y sintética de los fenómenos han sido poco desarrollados; si los modos del desglose diferencial de los procesos cognitivos han sido realizados, los modos de una reintegración compleja, polisémica y asintótica del saber han sido poco estudiados. El cómodo olvido de esas fronteras y del *inevitable* movimiento pendular que la razón debe ejercer alrededor de ellas es sin duda uno de los lastres de nuestro tiempo⁸.

Una de las conquistas mayores de la arquitectónica peirceana consiste en mostrar cómo, cada vez que deseemos *ampliar* nuestro conocimiento, debemos situarnos en un borde y luego barrer ese borde pendularmente, e, *inversamente*, cómo, cada vez que nos enfrentemos a una oscilación, debemos definir la frontera barrida por el péndulo y *extender* así desde esa nueva frontera nuestra comprensión de la oscilación. El hecho de construir

⁸ Por supuesto, la reacción de ciertas franjas del postmodernismo en contra del pensamiento exacto y “duro”, y su glorificación de lo débil, lo amorfo y lo vago constituye otro barrido extremo del péndulo. Abierto y libre en algunas de sus mejores manifestaciones, el postmodernismo se cierra en cambio demasiado a menudo, en sus manifestaciones ordinarias, dentro de un inconsecuente relativismo y una *sinrazón* excesivamente facilista. Tal vez el concepto de *transmodernidad* inventado y defendido por Rodríguez Magda –con sus connotaciones abiertas de “transformación, dinamismo, atravesamiento de algo en un medio diferente”, con una “multicronía” cuyas características serían “el pluralismo, la complejidad y la hibridación”, con un “*ser-haciéndose-y-nunca-concluso*”, pero aún ligado fuertemente a una razón extendida y a una lógica rigurosa de esas nuevas dinámicas– sea el que mejor pueda acercarse a denotar con un solo término nuestro entorno actual de tránsitos y fronteras. Véase Rosa M^a. Rodríguez Magda, *Transmodernidad*, Barcelona: Anthropos, 2004, pp. 16, 17, 19.

esos cruces fronterizos de forma sistemática, a lo largo de las múltiples jerarquías globales y alturas locales del entramado, asegura su sólida amalgamación estructural. Al estudiar el *borde* de una mancha de tinta negra caída sobre un papel, Peirce muestra que los “puntos” del borde no pueden existir⁹, y que la noción *ideal* de punto, gobernada por una lógica dual, debe ser radicalmente cambiada por una noción *real* de “vecindad”, gobernada por una lógica ternaria¹⁰. La idea de “punto” se encuentra sin embargo tan anclada dentro de nosotros, que podríamos asegurar la existencia de tales entes; pero después de una breve reflexión es imposible no adherir al análisis peirceano: nadie ha podido jamás observar un punto, más allá de imaginarlo idealmente, mientras que las familias de vecindades constituyen el soporte real de nuestra percepción. Nos encontramos ante una situación muy peculiar: son tan fuertes nuestras costumbres que *creemos* más fácilmente en lo puntual y en su lógica bivalente, que en lo continuo y en sus lógicas polivalentes asociadas¹¹. Lo ideal se trastoca completamente con lo real, y confiamos más en los hábitos de un lenguaje ideal que en las rupturas que proporciona una visualización real.

⁹ “Una gota de tinta ha caído sobre el papel y la he bordeado. [...] Hay una línea de demarcación entre lo negro y lo blanco. [...] Es ciertamente verdadero, primero, que todo punto del área es negro o blanco; segundo, que ningún punto es a la vez negro y blanco; tercero, que los puntos del borde no son más blancos que negros, ni más negros que blancos. La conclusión lógica es que los puntos del borde no existen” (C. S. Peirce, CP 4.127; 1893).

¹⁰ “Esto nos lleva a reflexionar que es sólo cuando están conectados dentro de una superficie continua cuando los puntos pueden considerarse coloreados; tomados individualmente, no tienen color, y no son ni blancos ni negros. Intentemos por lo tanto poner «vecindad» en lugar de punto. Toda vecindad de la superficie es negra o blanca. Ninguna vecindad es a la vez negra y blanca. Las vecindades sobre el borde no son más blancas que negras, ni más negras que blancas. La conclusión es que las vecindades cercanas al borde son mitad negras y mitad blancas. Esto sin embargo (debido a la curvatura del borde) no es exactamente cierto, a no ser que consideremos aquellas vecindades justo sobre el borde” (C. S. Peirce, CP 4.127; 1893). Más adelante, en un manuscrito de 1909, Peirce muestra que la *lógica de las vecindades* es una lógica con *tres* valores de verdad (blanco, negro, blanco-y-negro), y que el *borde* de la mancha de tinta se caracteriza precisamente por situarse en el *tercer valor* de verdad (blanco-y-negro).

¹¹ El caso más sencillo es el de la lógica trivalente, asociada a las vecindades de la mancha de tinta, pero el continuo da lugar a múltiples otras lógicas de un gran valor matemático, heurístico y filosófico (lógica intuicionista, lógica de los haces, lógica categórica).

Desde muchos puntos de vista, un entendimiento de lo real como una compleja *red de umbrales*, con una lógica de vecindades subyacente, tiene mucho qué ofrecernos. Una *inversión* notable se consigue. Así como un punto puede entenderse como el límite ideal de una familia encajada de vecindades reales, la lógica clásica bivalente merece aproximarse como el límite ideal de una familia de lógicas “continuas” reales¹², y, en palabras de Peirce, debe volver a considerarse una “sucesión de realidades de orden más y más alto, cada una generalización de la anterior, y cada una *límite* para una realidad de orden inmediatamente superior”¹³. Desde los límites se crean nuevos órdenes –tal como lo anuncia el método abductivo– pero no sólo en la lógica o en las ciencias exactas, sino también en la metafísica y en el mismo proceder artístico. La posibilidad de *invertir* nuestro entendimiento habitual de lo dual, y de situarlo no como base de nuestra comprensión sino como simplificadora construcción imaginaria, abre enormes perspectivas. Desde los bordes, toda consideración resulta inmediatamente ternaria, intrínsecamente dialéctica, naturalmente pendular y asintótica. Así como en los bordes de un óvalo en los gráficos existenciales estamos continuamente oscilando entre el anverso y el revés de la hoja (produciendo a partir de allí una multiplicidad de posibilidades de acuerdo a los “medio borramientos” del borde), en el umbral de un entorno de realidad oscilamos continuamente entre lo positivo y lo negativo. Dejando de lado las idealizaciones del “+” y del “-”, lo que *realmente* subsiste son las mediaciones, las graduaciones, las mixturas,

¹² Esto es ya un teorema matemático, dentro de la semántica de los haces adelantada por Caicedo, donde la verdad clásica en las fibras del haz puede ser reconstruida como *límite* natural de la verdad intuicionística en sus secciones globales. Véase Xavier Caicedo, “Lógica de los haces de estructuras”, *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias XIX* (1995): 569-586.

¹³ C. S. Peirce, CP 1.501 (1896).

para las cuales sólo parece ser apropiada una lógica afín a los fenómenos de cambio dentro de un continuo general.

Producto de la labor algo mesiánica de Peirce en los últimos veinte años de su vida, van surgiendo y entrelazándose coherentemente los diversos instrumentarios *topológicos* que sostienen su empresa de *acercarse a lo real en modo real*, es decir, la empresa de descomponer y recomponer las continuas fronteras que nos envuelven gracias a *apropiadas* lógicas del continuo. Ya sea con los gráficos existenciales, con la modalización de la máxima pragmática, con la lógica de la abducción, con la clasificación triádica de las ciencias, con la genericidad y reflexividad del continuo peirceano, o con el “sinequismo” (de *synechés*, “continuo”: tendencia a observar la continuidad como principio operativo en la naturaleza), Peirce construye herramientas lógicas, metodológicas, heurísticas, gnoseológicas, matemáticas y metafísicas, particularmente bien adaptadas a observar las deformaciones continuas: *procesos, tránsitos, ósmosis, hibridaciones, mixturas*. La reflexividad alcanzada es altamente excepcional. Cuando vemos cómo el mundo contemporáneo (asimilándolo a un siglo XX extendido hasta hoy, sin necesidad de quiebros “post”) ha intentado a menudo caracterizarse gracias a diversos énfasis en la autorreferencia, podemos entender el valor que puede llegar a tener la obra de Peirce hoy en día. Si la reflexividad –como es el caso en Peirce– va más allá de una autorreferencia nominal, gramatical o lingüística, y si alcanza a acercarse algo más a la realidad (entendiendo por “real” aquello que es independiente de interpretaciones aisladas: en particular, lo real físico o lo real comunitario en la “larga duración”), nos encontramos ante un *giro mayor* en la comprensión del mundo, que merece ser mejor conocido.

En el continuo peirceano caben (y, en realidad, se requieren) movimientos elásticos contrapuestos, a la manera misma de las reglas pendulares de los gráficos existenciales. Bajo el manto de una “razonabilidad” ampliada¹⁴, lugar donde confluyen experiencia, imaginación y razón, pueden perfectamente integrarse la plasticidad y el rigor. Así como una de las grandes tareas de la topología fue, en sus comienzos, el estudio de las deformaciones elásticas de un espacio *desde sus bordes*, una de las tareas importantes a las que se enfrenta aún la crítica de la cultura es la comprensión de ciertas maleaciones de la imaginación y de la razón, que sólo parecen ser plenamente comprensibles *desde ciertos bordes* donde se solapan la fantasía y el orden. Mediante una iteración pendular de expansiones y retracciones entre ambos ámbitos creativos, sin confundirlos, gracias al borde, aunque entrelazándolos, gracias al péndulo, exploraremos ahora algunas de esas complejas maleaciones, intentando sistematizar –en lo que llamaremos *horosis*– el tránsito a través de ciertas fronteras, y –en lo que llamaremos *cienopitagorismo*– los vaivenes contaminantes no arbitrarios del saber.

2. HOROSIS Y CIENOPITAGORISMO

¹⁴ Para la mejor presentación disponible (en cualquier idioma) del lugar que ocupa una “razonabilidad” amplia dentro del sistema de Peirce, y para un estudio pormenorizado de sus correlaciones con la sensibilidad, la creatividad y la acción, véase: Sara Barrena, *La razón creativa. Conocimiento y finalidad del ser humano según C. S. Peirce*, Madrid: RIALP, 2007.

La *horosis* –de *horos*, borde, término que debemos a nuestro colega Roberto Perry– intenta abordar el estudio de las *fronteras* desde una aproximación *sistémica*, donde se integran varias proyecciones estructurales básicas: holismo, relacionalidad, regulación, síntesis, interdependencia, autorreferencia, retroacción. De hecho, al menos tres perspectivas sistémicas diferentes permiten ir definiendo la *horosis*. Primero –*extrínsecamente* (i)– la *horosis* responde a una *compleción de las tres categorías peirceanas* con respecto a la díada *análisis-síntesis*. Consideradas desde los griegos como las dos formas básicas del entendimiento, el análisis y la síntesis han aparecido como polaridades complementarias (descomposición/composición, parte/todo, discontinuo/continuo, elemento/estructura, etc.), pero el *tránsito intermedio* entre las polaridades no ha sido bien estudiado. Si situamos el análisis en un lugar (1) y lo contraponemos con la síntesis en un lugar (2), la *horosis* emerge entonces como lugar (3) de mediación. Dada la importancia de la terceridad en el pensamiento peirceano, esta caracterización inicial de la *horosis* (compleción tercera de una díada tan central para la historia del pensamiento como el par análisis/síntesis) indica su alto potencial. Segundo –*intrínsecamente* (ii)– la *horosis*, al abordar el estudio de lo *fronterizo*, se enfrenta con uno de los conceptos mayores de la ciencia y de la cultura. Hemos rastreado en Peirce el interés de explorar diversos tipos de bordes, y hemos indicado cómo Bajtin considera el estudio de las fronteras como el problema más importante de la teoría de la cultura, pero en realidad nos encontramos ante una urgencia claramente acentuada también por algunos de los mayores críticos del siglo XX: Florenski (bordes entre ciencia, arte y teología), Warburg (“sismografía” de bordes de la historia del arte), Benjamin (“geología” de bordes y restos de la cultura), Merleau-Ponty

(hombre como borde táctil entre mente y naturaleza), Blumenberg (dinámica de bordes de la metáfora). Tercero –*sintéticamente (iii)*– la *horosis* alcanza toda su riqueza al permitir procesos de autorreferencia y de autorregulación (fronteras de la frontera, limitantes del límite, refinamiento progresivo del borde, etc.) con los que se enriquecen los diversos órdenes fenomenológico, epistémico y metafísico en juego (objeto topológico, lógica del continuo, sinequismo, etc.).

Muchos de los avances más originales de Peirce responden, antes de tiempo, a delicadas *problemáticas horóticas*. Sus diversos fragmentos de una lógica del continuo (relativos diferenciales, continuo peirceano, gráficos existenciales, lógica trivalente, lógica de la abducción) inciden, con suma incisividad e inventividad, en la problemática de *deformaciones* de la lógica clásica; Peirce explora, de hecho, los *bordes exactos* del cálculo binario que él mismo había ayudado a axiomatizar en los años 1880. Sus múltiples clasificaciones de las ciencias se adentran en controlar procesos de transferencia del saber, entre disciplinas cercanas o lejanas; la *tintura* de las categorías cenopitagóricas permite construir puentes inesperados, como, por ejemplo, entre matemáticas y fenomenología, donde los *bordes borrosos* adquieren un muy ilustrativo papel creativo. Su “metafísica científica”, combinación de tiquismo (azar operativo) y sinequismo (continuo operativo), se entronca con una visión semiótica universal, donde todo (naturaleza o cultura) consiste en una dinámica compleja de signos; los *bordes evolutivos* de las urdimbres de signos proporcionan entonces regiones parciales de invarianza para la constitución de las leyes de la naturaleza o de los hábitos culturales. En Peirce, la *horosis* es permanente, en combinación con fuerzas notables de *erosión* y

de *sedimentación*. La arquitectónica del sistema peirceano, dinámica y evolutiva, sólo puede de hecho “pegarse” adecuadamente gracias a una *solapación progresiva de fronteras* que van soldando el edificio *en el aire*.

En los gráficos existenciales, muy diversas formas de horosis entran en juego. La página en blanco, al ser progresivamente marcada, es testigo de la *emergencia* de ciertas verdades lógicas. Los cortes son signos icónicos del *horos* (borde) mismo; no sólo los cortes ALFA sirven de delimitadores y extralimitadores (embrión estructural para las reglas de desiteración e iteración), sino que los cortes GAMA, con su amplitud de lecturas modales, sirven precisamente como *signos mixtos de tránsito* (al medio completarse hacia una cesura, es decir, al convertirse en corte ALFA en una región impar, o al medio borrarse hacia una contingencia, es decir, al provenir de un corte ALFA en una región par). La iteración/desiteración de la línea de identidad BETA es el paradigma de un proceso de continuidad, pero, al cruzar los cortes ALFA, la iteración/desiteración de la línea entra en un crucial proceso de horosis, que corresponde a la explicitación, en el lenguaje gráfico, de diversas formas normales para los cuantificadores. El manejo mismo de los gráficos, a través de sus reglas de formación/deformación, conforma otra expresión profunda, y sumamente original, de horosis: un enlace medio entre sintaxis (lenguaje) y pragmática (reglas), *independiente de las semánticas subyacentes*. La potencia gráfica y formal de los *bordes* (cortes ALFA y GAMA) y de los *límites* (línea de identidad BETA) asegura la vida, emergencia y evolución de los signos, independientemente de posteriores interpretaciones. De hecho, exactamente entre el análisis y la síntesis, en el ámbito de la horosis, es donde se sitúan los gráficos. Introducidos explícitamente por Peirce como instrumentos

finos de *análisis* –“(...) a method for representing propositions (1) as *simple* as possible (...), (2) as *iconically*, or diagrammatically and (3) as *analytically* as possible”¹⁵– los gráficos existenciales involucran también en realidad (i) en el último Peirce, una labor de *síntesis* del saber lógico, fruto de la directriz pragmática de sus reglas, (ii) en las semánticas posteriores de los gráficos, un proceder *sintético* naturalmente acorde con el proceder de la teoría matemática de categorías. Los gráficos existenciales proporcionan, además, una sofisticada *red de mediaciones entre aparentes polaridades* del pensamiento matemático. Al basarse sobre una cómoda *intuición* visual, sobre una flexible capacidad *teorema*tica (prontas equivalencias diagramáticas, alejadas de artificiales manipulaciones lineales) y sobre una evidenciable facilidad *práctica* (labores en la Universidad del Tolima, donde, comparando dos desarrollos paralelos de los cálculos proposicionales, vía gráficos existenciales y vía sistemas de tipo Hilbert, Arnold Oostra ha logrado obtener una mayor plasticidad y un mejor entendimiento en sus estudiantes al adoptar el camino peirceano), los sistemas de gráficos existenciales combinan “lo mejor de cada mundo”.

Los traslapes horóuticos se encuentran muy cerca de lo que podríamos llamar formas de *cienopitagorismo* –feliz término que debemos también a nuestro colega Roberto Perry– donde se combinan la exactitud matemática (pitagorismo), las mezclas y contaminaciones (*cieno*, de *caenum*, lodo, fango) y la búsqueda de una inmediatez fenomenológica (*ceno*, de *kaino*, fresca). El sutil desliz entre *ceno* y *cieno* cobija uno de los más apasionantes programas del entendimiento moderno, de Novalis a Deleuze. Se trata de una comprensión nueva, fresca, de las impurezas, es decir, por

¹⁵ C. S. Peirce, CP 4.561 (c. 1905).

un lado, una *aceptación de lo contaminado* –contraria al credo analítico–, y, por otro lado, un *entreveramiento sintético de prescisiones* (en el sentido de Peirce, *prescision*, separación) para *analizar*, desde distintas perspectivas, diferentes componentes de la mezcla. El sentido metodológico de esta aproximación constituye una *inversión* completa del método analítico y puede verse como una aplicación plena del *péndulo horótico*. En efecto, si la *filosofía analítica comienza* el estudio de un concepto al haberlo bien delimitado y *termina* con la construcción de una cuadrícula interna de propiedades acotadas, el *cienopitagorismo* –fragmento de una *filosofía sintética* más amplia– comienza abordando, al revés, un campo de relaciones contaminadas y termina construyendo el esquema estructural de una red externa de fuerzas contaminantes.

El problema de las mezclas, en todos los dominios de la creatividad, ha jalonado el camino del hombre. Dentro de la pintura, por ejemplo, como lo desbroza John Gage en *Color y cultura* (1993), la contrastación de mixturas y colores primarios ha sido fuente permanente de debate, tanto técnico como simbólico. En la Antigüedad, antes de que Plutarco lamentara el uso de mezclas, ya platonistas y estoicos discutían acerca de qué se mezclaba (cualidades o sustancias) y cuándo los procesos de mezcla podían ser revertidos, la reversibilidad de la composición –*sunthesis, mixis*– oponiéndose a la irreversibilidad de la fusión –*sunchusis*–. Mientras la mixtura como fusión puede adquirir tintes inconfundiblemente místicos e iluminados, la mixtura como *composición* es en cambio susceptible de un conocimiento preciso. Siguiendo el péndulo horótico, la composición es susceptible de ser analíticamente filtrada y de ser luego sintéticamente correlacionada. Así, la mixtura como *sunthesis* expresa plenamente el

vaivén creador del hombre, quien debe contraponer incesantemente planos analíticos elementales y configuraciones sintéticas complejas en sus procesos de aproximación al mundo.

La horosis y el cienopitagorismo refulgen muy concretamente en la *Rothko Chapel* (1964-67), una de las cumbres del arte contemporáneo. Entreveramiento contaminado de delicados tránsitos de color, lugar de integración tanto física, como formal, de la obra con la luz y con el espacio, campo de contraposición polar entre monocromías aparentemente rígidas y fronteras cromáticas flexibles, la *Rothko Chapel* se eleva como una de las más ambiciosas creaciones contemporáneas en el intento de construir la pureza como *límite* decantado de lo mixto. Tres monumentales trípticos, cuatro grandes telas angulares y un panel de entrada a la sala octogonal de la Capilla combinan una instalación física meticulosamente realizada por el mismo Rothko con una trascendencia estructural del entorno gracias a múltiples reintegraciones posibles del lugar y la obra. En efecto, aunque los catorce inmensos paneles de “color puro” (en promedio, 4.5x2.5m cada uno) *inundan* completamente la visión del espectador, lo que en una primera mirada parece una verdadera anegación monocromática con púrpura oscuro por doquier –los paneles observados en su conjunto *desde fuera*, en contraste con la blancura de las paredes y la grisura del piso–, se convierte luego en una sofisticada mixtura de mil tenues deslices de color –cada panel observado independientemente *hacia adentro*, dentro de su propio universo–. Una de las impresiones más perdurables al enfrentarse a las obras de la Capilla consiste en descubrir progresivamente su enorme *profundidad* visual después de haberlas considerado, en primera instancia, casi planas. Una de las oscuras monocromías púrpuras de la *Rothko Chapel*

(*Untitled – Southwest Angle-Wall Painting*) resulta particularmente impactante en ese sentido de incorporar lo mixto, lo múltiple y lo progresivo detrás de lo aparentemente liso, plano y monótono: las suaves manchas y los ligeros deslizamientos de pigmentos, cola, emulsión y polímeros sintéticos aseguran el amplio rango de contrastes y la sorprendente hondura de la composición. Las pinturas de la *Rothko Chapel* constituyen así un preciso y sugerente *tejido de mixturas progresivas*, desde lo aparentemente mónico, quieto y uniforme hasta lo plural, dinámico y heterogéneo. Una unidad global –disposición simétrica, tonos púrpuras, tamaños armónicos– se ramifica en la pluralidad local de cada fragmento pictórico –velos, matices, intensidades, relieves–. En una composición que debía incitar al recogimiento místico, parece campar una peculiar representación del *nous* de Anaxágoras: la potencia divina, infinita y pura, sin mezcla, contrastándose con la mixtión caótica de todas las materias. Al igual que las avasalladoras inundaciones de color del último Turner o del último Monet, las inundaciones del último Rothko anegan al espectador en un campo visual ilimitado. Las modulaciones de “color puro” nunca cuentan con un comienzo o con un final: lo mixto adquiere así en la *Rothko Chapel* un carácter casi ontológico –un “púrpura ideal”– que parecería poder “proyectarse” sobre las demás mixturas plurales del mundo.

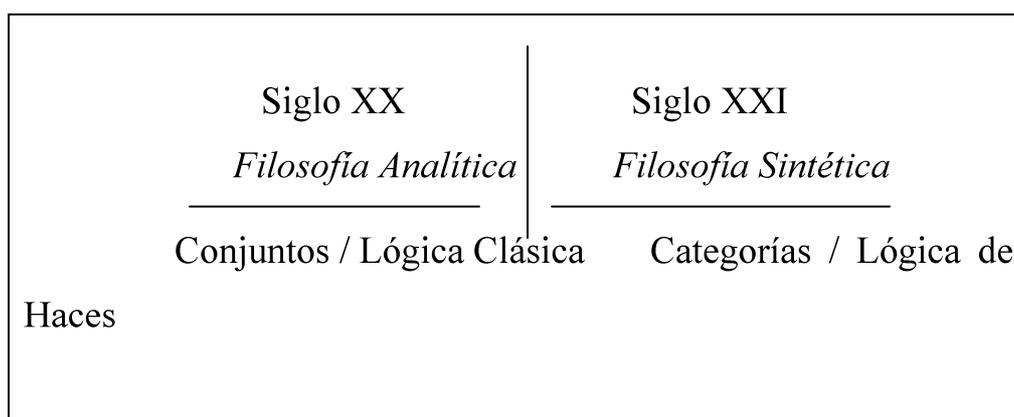
La coalescencia, el dinamismo, lo evolutivo, la unión de opuestos, la capacidad contemporánea de transgredir fronteras, tornan a lo mixturable en una de las grandes fuerzas impulsoras de nuestra época. Como lo señala Jean Petitot en una de sus notables contribuciones a la *Enciclopedia Einaudi*, nuestra visión de los “objetos”, producto de las dinámicas

contemporáneas, es ahora plenamente *bimodal*, es decir, tanto física como morfológico-estructural. Los objetos no sólo se *ubican* en un espacio-tiempo fijo y estable, sino que accionan y reaccionan modalmente dentro de espectros de correlaciones formales y estructurales con los múltiples entornos movibles donde parcialmente *transitan*. La *integral morfológico-estructural* del objeto se contrapone con su diferenciabilidad física, y luego, siguiendo un pleno “cálculo” de correlativos, se complementan las dos aproximaciones. Una adecuada *pragmática cienopitagórica* puede entonces servir de entorno metodológico para los “recubrimientos” y “pegamientos” que requiere el mundo contemporáneo, en la labor de entretejer las mixturas de su multiforme y polivalente espectro.

Sobre una frontera borrosa, una mezcla, entendida como *sunthesis*, superpone de hecho una serie de bandas de información, cuyo estudio requiere precisar las nociones básicas de cubrimiento y de pegamiento. Con mayor exactitud, un *haz matemático* consiste en un par constituido por (i) un espacio topológico subyacente X (lugar de continuidad), (ii) una colección de ramales elevados, localmente isomorfos a fragmentos del espacio X , bien pegados entre sí. El conjunto estructurado de esos ramales (“espace étalé”, desplegado, en la terminología de Cartan, 1950) *cubre* X y se proyecta sobre él. Los inversos locales de la proyección (“secciones”) determinan el buen comportamiento de la información en la estructura; una de las preguntas básicas consiste en saber si pueden *pegarse* adecuadamente diversas secciones locales (sobre fragmentos de X) para producir una sección global (sobre todo X). El dibujo de las secciones sobre una vecindad da lugar a la imagen corriente de un haz de trigo, lo que explica el término matemático “haz”. Al elaborar una dialéctica plena de lo

local y lo global, la *lógica de los haces* supera el pensamiento puntual, discreto, binario, se sitúa allende la lógica clásica y puede resumirse en su *paradigma de continuidad*: todo teorema en un punto vale también en una adecuada *vecindad* del punto. La verdad se pega localmente, no es arbitraria, ni independiente del entorno que la recubre.

La máxima pragmática y el cenopitagorismo de Peirce, tal como los presentamos en la sección 1, responden a la problemática de la asunción inicial de un mixto (*sunthesis*), de su descomposición analítica (proyección y secciones locales) y de su recomposición sintética (secciones globales). Como hemos visto, la problemática subyace en algunas extensiones abstractas contemporáneas: la *horosis*, el *cienopitagorismo*, la *lógica de haces*, todas a su vez integradas dentro de una perspectiva abarcadora más universal, una suerte de emergente *Filosofía Sintética*. Las herramientas *pendulares* de esa eventual “Filosofía Sintética” no son menores, ni triviales¹⁶, y puede plantearse entonces una ambiciosa apuesta:



¹⁶ Para una visión detallada de esas herramientas dentro de las matemáticas de los últimos cincuenta años, véase: Fernando Zalamea, *Filosofía sintética de las matemáticas contemporáneas*, Bogotá: Universidad Nacional, 2009.

En caso de que la apuesta sea correcta (el siglo XXI, con la influencia de la teoría matemática de categorías y de la lógica de haces sobre una “nueva” Filosofía Sintética, será lo que el siglo XX, con la influencia de la teoría de conjuntos y de la lógica clásica, fue sobre la Filosofía Analítica), el lugar de Peirce se vería, una vez más, reajustado en toda su pertinencia.

Un aspecto fundamental de las aproximaciones horóticas y cienopitagóricas consiste en la producción de una *jerarquía* de cubrimientos y solapamientos, y, por ende, una *jerarquía* de mixiones y pegamientos. Aunque el punto de vista *relativo* es imprescindible (proyecciones sobre X variable, cambio de base), un *relativismo* extremo (el “todo vale” postmoderno) resulta ser, en cambio, *totalmente erróneo*. Aunque la verdad pasa efectivamente a ser *local*, no toda verdad local es igualmente fructífera, pues lo son más aquellas que pueden *pegarse adecuadamente* (allende la cosmología local de una tribu amazónica, por ejemplo, la cosmología global de Einstein tiene *sin duda* un mayor valor: anatema para un postmoderno). Aunque la certeza y la validez definitivas desaparecen (acabando con el dogma trivializador de la “verdad como correspondencia”), éstas pueden ser medidas a través de parámetros de *asintotía* y de *densidad*. Aunque los *universales* no se sitúan ya entonces en un inexistente Absoluto, éstos sin embargo se *sueldan correlativamente* hasta alcanzar espectros maximales de validez.

La situación es apasionante. A comienzos del siglo XX, es decir, en el mismo surgir de la filosofía analítica –y, en realidad, desde fines del XVIII, con el asombroso *Borrador General* de Novalis– las herramientas estaban ya dadas para pensar *casi exactamente al revés* de lo harían luego

Russell, Wittgenstein o Quine. En matemáticas, así como en arte, es decir, en los dos modos mayores de pensamiento de la humanidad según Francastel, *la fuente fundamental de la invención surge de una escala de contradicciones, de obstrucciones, de puntos ciegos, jerarquía que queda por fuera de la asepsia analítica*, pero que entra explícitamente dentro de una eventual Filosofía Sintética, atenta a abordar esa red de penumbras y de bordes dejada de lado por las corrientes “normales” de la Filosofía Analítica. La más importante “penumbra”, en la historia de la filosofía, excluida con dudoso orgullo por la Filosofía Analítica es sin duda la Metafísica. Ese “allende la Física”, convertido en un “allende el lenguaje”, resulta para los analíticos tan incómodo como lo contradictorio, ese “allende lo lógico”. Pero ha de recordarse que los mayores avances en ciencia y en arte, por tanto los *mayores momentos creativos de la historia de la humanidad*, yacen precisamente *allende el lenguaje y la lógica*. Que la filosofía deje de lado el estudio *conceptual* serio de un Riemann, de un Mahler, de un Monet, es una *barbaridad* académicamente aceptada, ya que la filosofía parece querer acotar endogámicamente su tarea a la discusión primaria, secundaria, terciaria, ..., *n-aria*, de sistemas filosóficos autocontenidos. Curiosamente, e inexplicablemente si se siguiese al mismo Platón, la filosofía (digamos analítica) se ha *encerrado cuidadosamente* en sí misma, y explora, con *inaudita precisión*, territorios interiores *inauditamente pobres*.

Blumenberg indica que “sólo podemos existir si tomamos rodeos”. El gran filósofo e historiador de las metáforas afirma que “la cultura consiste en el hallazgo y la disposición, la descripción y el encarecimiento, la

revalorización y la recompensación de los rodeos”¹⁷. Lejos de la línea recta analítica, lejos de su pretendida, y pretenciosa, claridad interior, la multitud de rodeos relacionales y de transvases fronterizos asociados a problemas diversos conforman el corazón profundo de la cultura. La creatividad – básicamente oscilación, quiebre, perspectiva dispar– sólo puede entenderse desde un *conglomerado sintético de rodeos*, lo que explica la poca atención de la filosofía analítica hacia la potencialidad creativa del hombre. La creatividad matemática, como la creatividad artística, no es más que un incesante rodeo. La invención de los campos y grupos de Galois rodea la obstrucción obtenida al analizar localmente las ecuaciones; Galois incita, en sus palabras, al estudio de una “metafísica” de las ecuaciones; una estructuración conceptual correlativa, allende el análisis, entra en el panorama del conocimiento matemático. Las superficies de Riemann rodean el problema de la multivalencia de ciertas funciones complejas, y permiten cobijar estructuralmente lo Múltiple dentro de lo Uno. La “marea subiente” de Grothendieck cubre un objeto analíticamente incomprensible mediante una categoría de rodeos que permiten entenderlo sintéticamente con respecto a su medio ambiente. En muchos casos, sólo una *visión sintética, gracias a una red sofisticada de rodeos*, permite hacer avanzar a la matemática.

La situación, entonces, es eminentemente *pendular*: requiere *oscilaciones iteradas* de perspectivas analíticas y sintéticas. La tarea de generaciones futuras de filósofos es inmensa. Primero, hay que desembarazarse de la ofuscación analítica y hacer aparecer el otro lado de la balanza: TRANS peirceano, Filosofía Continental, Filosofía Sintética,

¹⁷ Hans Blumenberg, *La inquietud que atraviesa el río*, Barcelona: Península, 1992, p. 116.

horosis, cienopitagorismo. Segundo, hay que constituir ese cuerpo de doctrina sintética de una manera muy amplia, invocando a los grandes arquitectos (Peirce, el último Whitehead, Cassirer, Merleau-Ponty, Deleuze, etc.) y a los grandes críticos (Warburg, Florenski, Benjamin, Bajtin, Blumenberg, etc.) que han abordado el entendimiento como *territorio de fronteras y tránsitos*. Tercero, hay que *reconstituir* la cultura como *infinita fragmentación de la horosis*, como red de residuos y transvases, como lugar de incesante intercambio (Serres). En una palabra, hay que *reescribir*, doscientos años después, ese gran precursor del TRANS, el *Borrador General* de Novalis, gracias a las infinitas variedades del tránsito que se han dado en los siglos XIX y XX. Por otros caminos, como hemos señalado, Rosa María Rodríguez Magda ha venido denominando esa empresa como *transmodernidad*. El eslogan es sencillo: más allá de espejismos analíticos y postmodernos, detrás de cánones y modas, mediante escondidos rodeos, *siempre hemos sido transmodernos*.

El objeto de la Filosofía Sintética (como lo ha venido haciendo en parte la Filosofía Continental) debe abordar muchos de aquellos fragmentos del conocimiento considerados como inabordables por la Filosofía Analítica: contradicciones, puntos ciegos, bordes vagos, fondos oscuros de lo verdadero, penumbras imprecisas de donde detona la creatividad, potencialidades estéticas, etc. La *Metafísica*, lejos de morir, está más viva que nunca, para horror de quienes habían creído lograr asesinarla. Las grandes profundidades de la Filosofía Griega, las dimensiones inabordables de un Llull o de un Leibniz, resurgen indómitas. En la estela de Grothendieck, la matemática contemporánea descubre multitud de *arquetipos* técnicos insospechados tan solo hace unas décadas

(topos clasificadores, motivos, grupos de Zilber y de Gromov, matemáticas en reverso de Simpson, etc.) En la estela de Weinberg, la cosmología contemporánea es capaz de describir los arquetipos estructurales del inicio del Universo. En la estela de Petitot, la neurogeometría contemporánea descubre arquetipos neuronales que podrían permitir naturalizar la fenomenología. En la estela de Kiefer, el arte contemporáneo encuentra los arquetipos de la destrucción y de la belleza a lo largo de los rodeos zigzagueantes de la civilización. Todo tiende a mostrar que la forma (comienzos XX), la estructura (mediados XX) y el proceso (comienzos XXI) son infinitamente más importantes que el desglose lingüístico y lógico propugnado como *única* razón por los analíticos.

A la vuelta del *siglo XXI*, hay que intentar que los *Bárbaros* (del griego *barbaro*, extranjero, apelativo que da luego lugar a una apropiada combinación de “magnificencia” y “tosquedad”) regresen a su lugar justo en las provincias laterales del entendimiento. La Filosofía Analítica debe poder situarse como *pequeña secta*, sin la influencia desproporcionada que ha conseguido en la Academia, como útil comunidad de *contrapeso* para la Filosofía Continental y para la eventual organización de una Filosofía Sintética, pero sin ese rol de Guía Iluminado de la Verdad que ha venido enarbolando hasta el momento. No existe en la matemática real (Galois, Riemann, Grothendieck, etc.) mayor exabrupto que esa supuesta Verdad analíticamente desglosada mediante el lenguaje. Lo verdadero, en la matemática creativa, como lo ha mostrado en cambio la gran escuela de filosofía francesa de la matemática en el siglo XX (Poincaré, Lautman, Desanti, Vuillemin, Châtelet, Badiou, etc.) resulta ser *siempre* contradictorio, oscuro, mixto, vago. El contar ahora con múltiples

herramientas filosóficas, técnicas y críticas para el estudio de esos *linderos impuros*, analíticamente “mal definidos”, debe ayudar a elevarnos contra la *Barbarie*. Puede ser el momento de una *horosis* y de un *cienopitagorismo* extendidos, donde la asombrosa clarividencia de Peirce adquieran definitivamente su justo lugar en la historia del conocimiento.